

LA PALABRA INDÍGENA: EL ARTE DE FORMAR ROSTROS Y CORAZONES (LOS *HUEHUETLAHTOLLI* ANTES Y AHORA, EN LA POESÍA Y EL RITUAL)

Ramiro Alfonso Gómez Arzapalo Dorantes

Escuela Nacional de Antropología e Historia

Resumen

El impulso humano por perfeccionarse se encontraba inscrito en los nahuas, tal y como lo evidencian los diferentes documentos a los que haré referencia, no sólo en un pasado remoto, sino también en la sobrevivencia cultural de los pueblos indígenas actuales. Sin ser éste un trabajo de investigación exhaustivo, sí es un acercamiento serio a los testimonios de la palabra indígena recogidos por algunos Cronistas de Indias, conocidos como *huehuetlahtolli*, articulados con algunas poesías indígenas contemporáneas y también con un ejemplo de las palabras transmitidas en contextos rituales recopiladas en trabajo de campo. Todos ellos dan fe de lo que estos grupos culturales entendían, hasta antes del advenimiento de los europeos, por *forjar el rostro y el corazón*. Y también dan fe de lo que esta cultura sigue transmitiendo en la época contemporánea como ideal de vida en una identidad propia.

Palabras Clave: *Huehuetlahtolli*, poesía, indígenas, reformulación simbólica, educación.

Abstract

The human impulse to become perfect was inscribed in the nahuas, as it is demonstrated by the different documents to which I will refer, not only in a remote past, but also in the cultural survival of the indigenous current peoples. Though this is not an exhaustive work of investigation, it is a serious approximation to the testimonies of the indigenous word gathered by some Chroniclers of The Indies, known as *huehuetlahtolli*, articulated with some indigenous contemporary poetry, as well as with an example of the words transmitted in ritual contexts compiled in fieldwork. All of them convey what these cultural groups understood, up to before the advent of the Europeans, by forging the *face and the heart*. And they also convey what this culture continues transmitting today as the ideal of life in their own identity.

Key words: *Huehuetlahtolli*, poetry, indians, symbolic reformulation, education.

Introducción

Los *huehuetlahtolli* literalmente significan “palabra de los viejos” en náhuatl. Son una expresión literaria llena de belleza poética y de un marcado y profundo carácter ético. Conocemos varios ejemplos de estas expresiones lingüísticas gracias a los cronistas del s. XVI que registraron varios de estos discursos festivos y llenos de una propuesta moral, sentido existencial y valores culturales. Dichos ejemplos provienen directamente de informantes indígenas que los conocieron y vivieron en época prehispánica. Sin embargo, desde la etnografía contemporánea, es posible encontrarnos aún en comunidades indígenas, o bien de origen indígena, con formas de expresión oral pronunciadas en contextos rituales y expresiones poéticas en lenguas indígenas, que recuerdan mucho la forma y estilo de los *huehuetlahtolli*. Encontramos en estas elevadas palabras una preocupación constante por forjar rostros ajenos y humanizar el querer de la gente. Se constituyen así en repositorios de las ideas más excelsas de esta cultura náhuatl dirigidas a la acción

en la noble empresa de formar rostros y corazones, es decir, una colectividad de seres humanos con rasgos y aspiraciones bien definidas.

Sería difícil sostener la aseveración de que los nahuas crearon y consolidaron lo que es hoy en día un sistema educativo, pero ciertamente se puede afirmar que llegaron a la creación de algo similar a lo que hoy denominamos así. Se trataba de la *tlacahuapahualiztli* o arte de criar y educar a los hombres. Como en todos los pueblos cultos, los nahuas trataron por medio de la educación de comunicar a los nuevos seres humanos la experiencia y la herencia intelectual de las generaciones anteriores, con el fin de capacitarlos y formarlos en el plano personal e incorporarlos eficazmente a la vida de la comunidad, conservando su tradición y transmitiendo así su cultura de generación en generación. Entre los nahuas se atendía especialmente la incorporación de los nuevos seres humanos a la vida y los objetivos supremos de la comunidad, lo cual no llegaba a ser una absorción de la individualidad por parte del grupo. Se trataba de formar el rostro y el corazón, como elementos que configuraban

a la persona y señalaban la unicidad del individuo. Esa era la tarea de los *tlamatinime*¹, los cuales eran los sabios encargados de velar por que los hombres forjaran su rostro y corazón, tal y como se expresa en el *Códice Florentino*:

D
o
s
s
i
e
r

“El sabio: una luz, una tea, una gruesa tea que no ahúma.
Un espejo horadado, un espejo agujereado por ambos lados.
Suya es la tinta negra y roja, de él son los códices, de él son los códices.
Él mismo es escritura y sabiduría.
Es camino, guía veraz para otros.
Conduce a las personas y a las cosas, es guía en los negocios humanos.
El sabio verdadero es cuidadoso como un médico y guarda de la tradición.
Suya es la sabiduría transmitida, él es quien la enseña, sigue la verdad.
Maestro de la verdad, no deja de amonestar.
Hace sabios los rostros ajenos, hace a los otros tomar una cara, una personalidad, los hace desarrollarla.
Les abre los oídos, los ilumina.
Es maestro de guías, les da su camino, de él uno depende.
Pone un espejo delante de los otros, los hace cuerdos, cuidadosos; hace que en ellos aparezca una cara, una personalidad.
Se fija en las cosas, regula su camino, dispone y ordena.
Aplica su luz sobre el mundo.
Conoce lo que está sobre nosotros y la región de los muertos. Es hombre serio.
Cualquiera es confortado por él, es corregido, es enseñado.
Gracias a él la gente humaniza su querer y recibe una estricta enseñanza.
Conforta el corazón, conforta a la gente, ayuda, remedia, a todos cura.” (León Portilla 1993: 65).

Los *huehuetlahtolli* registrados en las fuentes del siglo XVI

Los testimonios de la palabra indígena recogidos por algunos Cronistas de Indias, conocidos como *huehuetlahtolli*, son de sumo interés aquí, pues ellos dan fe de lo que hasta antes del advenimiento de los europeos este pueblo entendía por “forjar el rostro y el corazón”. Asimismo, el estilo indígena de transmitir sus reflexiones a través de la poesía, me hace incluir en este artículo algunos de estos recursos con el fin de presentar su visión específica con respecto a la forma de considerar al ser humano y qué es lo valioso en la vida de éste, de tal manera que aunque parezca excesivo el transcribirlos íntegros, no considero que sea un abuso, pues es indispensable para una mayor comprensión.

Recordemos que en el mundo indígena prehispánico, una primera educación era dada a los niños en el seno familiar y apuntaba hacia la fortaleza y autocontrol, lo cual se inculcaba a los niños de manera práctica y por consejos. Dichos consejos se contenían en los *huehuetlahtolli* o palabras de los viejos, usados en las diferentes circunstancias especiales de la vida y contenedores de una sabiduría extraordinaria expresada en una bella forma poética, donde se incluían elementos morales y éticos que marcaban los límites de la libertad individual. Así pues, los *huehuetlahtolli* son de suma importancia porque nos permiten ver en ellos la guía sobre los ideales de educación, cultura y concepción de lo humano que tenían estos pueblos.

Veamos algunos ejemplos:

Del *Códice Florentino*, libro VI, folios 74v.-75r, encontramos las palabras que el padre le dice a su hija aconsejándole cómo debe actuar. Invito al lector a considerar no solamente el contenido del discurso, sino la suave y gentil forma de expresarlo:

“Aquí estás, mi hijita, mi collar de piedras finas, mi plumaje de quetzal, mi hechura humana, la nacida de mí. Tú eres mi sangre, mi color, en ti está mi imagen.
Ahora recibe, escucha: vives, has nacido, te ha enviado a la tierra el señor Nuestro, el Dueño del cerca y del junto, el hacedor de la gente, el inventor de los hombres.
Ahora que ya miras por ti misma, date cuenta. Aquí es de este modo: no hay alegría, no hay felicidad. Hay angustia, preocupación, cansancio. Por aquí surge, crece el sufrimiento, la preocupación.
Aquí en la tierra es lugar de mucho llanto, lugar donde se rinde el aliento, donde es bien conocida la amargura y el abatimiento. Un viento como de obsidias sopla y se desliza sobre nosotros.
Dicen que en verdad nos molesta el ardor del sol y del viento. Es éste lugar donde casi perece uno de sed y de hambre. Así es aquí en la tierra.
Oye bien, hijita mía, niña mía: no es lugar de bienestar en la tierra, no hay alegría, no hay felicidad. Se dice que la tierra es lugar de alegría penosa, de alegría que punza.
Así andan diciendo los viejos: para que no siempre andemos gimiendo, para que no estemos llenos de tristeza, el Señor Nuestro nos dio a los hombres la risa, el sueño, los alimentos, nuestra fuerza y nuestra robustez y finalmente el acto sexual, por el cual se hace siembra de gentes. Todo esto embriaga la vida en la tierra, de modo que no se ande siempre gimiendo. Pero, aun cuando así fuera, si saliera verdad que sólo se sufre, si así son las cosas en la tierra, ¿acaso por esto se ha de estar siempre con miedo? ¿Hay que estar siempre temiendo? ¿Habrá que vivir llorando? Porque se vive en la tierra, hay en ella señores, hay mando, hay nobleza, águilas y tigres. ¿Y quién anda diciendo siempre que así es en la tierra? ¿Quién anda tratando de darse

¹ Como ha insistido repetidamente Miguel León Portilla en varios de sus escritos; aquí remito principalmente a León Portilla 1993.

muerte? Hay afán, hay vida, hay lucha, hay trabajo.
Se busca mujer, se busca marido.
Pero, ahora, mi muchachita, escucha bien, mira con calma:
he aquí a tu madre, tu señora, de su vientre, de su seno
te desprendiste, brotaste.
Como si fueras una yerbita, una plantita, así brotaste.
Como sale la hoja, así creciste, floreciste. Como si
hubieras estado dormida y hubieras despertado.
Mira, escucha, advierte, así es en la tierra: no seas vana,
no andes como quiera, no andes sin rumbo. ¿Cómo vivirás?
¿Cómo seguirás aquí por poco tiempo? Dicen que es
muy difícil vivir en la tierra, lugar de espantosos conflictos,
mi muchachita, palomita, pequeñita...
Ahora es buen tiempo, todavía es buen tiempo, porque
todavía hay en tu corazón un jade, una turquesa. Todavía
está fresco, no se ha deteriorado, no ha sido aún torcido,
todavía está entero, aún no se ha logrado, no se ha
torcido nada. Todavía estamos aquí nosotros tus padres
que te metimos aquí a sufrir, porque con esto se
conserva el mundo. Acaso así se dice: así lo dejó dicho, así
lo dispuso el Señor Nuestro que debe haber siempre, que
debe haber generación en la tierra...
He aquí otra cosa que quiero inculcarte, que quiero comunicarte
mi hechura humana, mi hijita: sabe bien, no hagas
quedar burlados a nuestros señores por quienes naciste.
No les echés polvo y basura, no rocíes inmundicias sobre su
historia:
su tinta negra y roja, su fama...
No como si fuera en un mercado busques al que será
tu compañero, no lo llames, no como en primavera lo
estés ve y ve, no andes con apetito de él. Pero si tal vez tú
desdeñas al que puede ser tu compañero, el escogido del
Señor Nuestro. Si lo desechas, no vaya a ser que de ti se burle,
en verdad se burle de ti y te conviertas en mujer pública...
Que tampoco te conozcan dos o tres rostros que tú hayas visto.
Quienquiera que sea tu compañero, vosotros,
juntos tendréis que acabar la vida. No lo dejes, agárrate de él,
cuélgate de él, aunque sea un pobre hombre, aunque sea sólo
un aguilita, un tigrillo, un infeliz soldado, un pobre noble,
tal vez cansado, falto de bienes, no por eso lo desprecies.
Que a vosotros os vea, os fortalezca el Señor Nuestro,
el conocedor de los hombres, el inventor de la gente,
el hacedor de los seres humanos.
Todo esto te lo entrego con mis labios y mis palabras.
Así, delante del Señor Nuestro cumplo con mi deber.
Y si tal vez por cualquier parte arrojas esto, tú ya lo sabes.
He cumplido mi oficio, muchachita mía, niñita mía.
Que seas feliz, que Nuestro Señor te haga dichosa.”
(León Portilla y Silva 1993: 15-19).

Concluyendo la amonestación del padre,
continuaba la madre diciendo a su hija lo siguiente, que
reforzaba y complementaba lo que ya había dicho su
marido:

“Tortolita, hijita, niñita, mi muchachita. Has recibido, has
tomado el aliento, el discurso de tu padre, el señor, tu señor.
Has recibido algo que no es común, que no se suele dar
a la gente; en el corazón de tu padre estaba atesorado, bien
guardado.
En verdad que no te lo dio prestado, porque tú eres

su sangre, tú eres su color, en ti se da a conocer. Aunque
eres una mujercita, eres su imagen...
Pero sólo te diré algo, así cumpliré mi oficio. No
arrojes por parte alguna el aliento y la palabra de tu señor padre.
Porque son cosas preciosas, excelentes, porque sólo cosas
preciosas salen del aliento y la palabra de nuestro señor,
pues en verdad el suyo es lenguaje de gente principal.
Sus palabras valen lo que las piedras preciosas, lo que las
turquesas finas, redondas y acanaladas. Consérvalas, haz
de ellas un tesoro en tu corazón, haz de ellas una pintura
en tu corazón. Si vivieras, con esto educarás a tus hijos, los
harás hombres; les entregarás y les dirás todo esto.
Mira, así seguirás el camino de quienes te educaron,
de las señoras, de las mujeres nobles, de las ancianas de
cabello blanco que nos precedieron.
¿Acaso nos lo dejaron dicho todo?
Tan sólo nos daban unas cuantas palabras, poco era
lo que decían. Esto era todo su discurso:
Escucha, es el tiempo de aprender aquí en la tierra,
ésta es la palabra: atiende y de aquí tomarás
lo que será tu vida, lo que será tu hechura.
Por un lugar difícil caminamos, andamos aquí en la tierra.
Por una parte un abismo, por la otra un barranco.
Si no vas por en medio, caerás de un lado o del otro.
Sólo en el medio se vive, sólo en el medio se anda.
Hijita mía, tortolita, niñita, pon y guarda este discurso
en el interior de tu corazón. No se te olvide;
que sea tu tea, tu luz, todo el tiempo que vivas aquí
sobre la tierra...
Sólo me queda otra cosa, con la que daré fin a mis palabras.
Si vives algún tiempo, si por algún tiempo sigues
la vida de este mundo, no entregues en vano tu cuerpo,
mi hijita, mi niña, mi tortolita, mi muchachita.
No te entregues a cualquiera, porque si nada más así
dejas de ser virgen, si te haces mujer, te pierdes, porque
ya nunca irás bajo el amparo de alguien que de verdad te
quiera...
A nuestros antepasados, a los señores a quienes debes
el haber nacido, les crearás mala fama, mal renombre.
Esparcirás polvo y estiércol sobre los libros de pinturas
en los que se guarda su historia. Los harás objeto de mofa.
Allí acabó para siempre el libro de pinturas en el que
se iba a conservar tu recuerdo.
Ya no serás ejemplo. De ti se dirá, de ti se hará
hablilla, serás llamada: “la hundida en el polvo”.
Y aunque no te vea nadie, aunque no te vea tu marido, mira,
te ve el Dueño del cerca y del junto...
Así pues, mi niña, mi muchachita, niñita, pequeñita,
vive en calma y en paz sobre la tierra, el tiempo que
aquí habrás de vivir. No infames, no seas baldón de los señores,
gracias a quienes has venido a esta vida.
Y en cuanto a nosotros, que por tu medio tengamos renombre,
que seamos glorificados. Y tú llega a ser feliz, mi niña,
mi muchachita, pequeñita. Acércate al Señor Nuestro, al
Dueño del cerca y del junto.”
(León Portilla y Silva 1993: 19-22).

Como queda claro, podemos distinguir el realce
de tres de los principios fundamentales que guiaban
la educación náhuatl impartida ya desde el hogar:

autocontrol por medio de una serie de privaciones a que debe acostumbrarse el niño, el conocimiento de sí mismo y el conocimiento de lo que debe llegar a ser. Pero también, y en un sentido mucho más profundo, un sentido existencial basado en la certeza absoluta de nuestra finitud humana, lo cual no se traduce en un pesimismo estéril y ensombrecedor de la experiencia vital sino que, por el contrario, se constituye en una valoración de la vida, con todos sus sinsabores, pero también con todas aquellas pequeñeces que la sazonan y que hacen que valga la pena vivirla.

Sobrevivencia contemporánea de los *huehuetlahtolli* en el ritual

Dejando ahora las referencias a un pasado prehispánico, recordemos el desgraciado punto final que tuvo este tipo de educación, junto con toda la cultura en sí, tal y como era antes del momento de la conquista. Es necesario destacar cómo se puede hacer caer una cultura quitando el sustrato de la educación, la cual queda aniquilada al ser aniquilados los principios y el orden social sobre el cual descansaba. Apuntaba Sahagún: “Como esto cesó por la venida de los españoles, y porque ellos derrocaron y echaron por tierra todas las costumbres y maneras de regir que tenían estos naturales, y quisieron reducirlos a la manera de vivir de España, así en las cosas divinas como en las humanas, teniendo entendido que eran idólatras y bárbaros, perdióse todo el regimiento que tenían” (Sahagún 1979: 578). Cabe aquí recordar el comentario de López Austin: “podemos hallar también en las palabras del franciscano una dolorosa imagen de ruptura familiar provocada por la brutal imposición de una fe extraña; la creación de grupos de jóvenes fanatizados a los que se lanzaban contra sus propios padres, contra su propio pueblo. A ello se refiere Fray Bernardino con la frialdad del intolerante, del evangelizador, de quien se cree dueño de la verdad.” (López Austin 1985: 135-136).

Pero ¿qué más se podía esperar en esa situación donde se les negaba a los indios hasta la humanidad? Valgan como ilustración las palabras de no muy grato recuerdo de fray Juan de Quevedo, quien en 1537 puso en tela de juicio la actividad evangelizadora en sí misma, pues desde su perspectiva, los indígenas apenas y alcanzaban un *status* rayando en el mínimo de lo que se requeriría para ser considerado humano:

“Soy de sentir que los indios han nacido para la esclavitud y sólo en ella los podremos hacer buenos. No nos lisonjemos; es preciso renunciar sin remedio a la conquista de las Indias y a los provechos del Nuevo Mundo si se les deja a los indios

bárbaros una libertad que nos sería funesta [...] Si en algún tiempo, merecieron algunos pueblos ser tratados con dureza, es en el presente, los indios más semejantes a bestias feroces que a criaturas racionales [...] ¿Qué pierde la religión con tales sujetos? Se pretende hacerlos cristianos casi no siendo hombres [...] sostengo que la esclavitud es el medio más eficaz, y añado que es el único que se puede emplear [...] sin esta diligencia, en vano se trabajaría en reducirlos a la vida racional de hombres y jamás se lograría hacerlos buenos cristianos.” (Mires 1989: 51-52).

Está claro que los indígenas, desde el primer momento fueron considerados como menores de edad, y por ende, con necesidad de tutoría por parte de los españoles. Toda posible referencia a sus diferencias valoradas desde una óptica descentrada de la cosmovisión española no era posible dadas las perspectivas de la época. Así pues, toda diferencia fue vista como defecto, y cualquier intencionalidad indígena de preservar sus parámetros culturales se consideró como abierta rebeldía y franca estupidez. En este sentido son de muy triste memoria las referencias que algunos frailes hicieron a sus superiores tratando de convencerlos de la condición casi inhumana de los naturales de estas nuevas tierras. Así, aparte de lo recién leído líneas arriba, encontramos también lo escrito por fray Tomás Ortiz en 1524 en una carta titulada “Estas son las propiedades de los indios por donde no merecen libertades”:

“Los hombres de tierra firme de Indias comen carne humana y son sodomíticos más que generación alguna. Ninguna justicia hay entre ellos, andan desnudos, no tienen amor ni vergüenza, son como asnos, abobados, alocados, insensatos [...] son bestiales en los vicios; ninguna obediencia y cortesía tienen mozos a viejos ni hijos a padres; no son capaces de doctrina ni de castigo [...] inmicisimos de religión, haraganes, ladrones, mentirosos, y de juicios bajos y apocados; no guardan fe ni orden; [...] son cobardes como liebres, sucios como puercos [...] no tienen arte ni maña de hombres; cuando se olvidan de las cosas de la fe que aprendieron, dicen que son aquellas cosas para Castilla, y no para ellos, y que no quieren mudar costumbres ni dioses; son sin barbas y si a algunos les nacen, se las arrancan [...] hasta los diez o doce años parecen que han de salir con alguna crianza o virtud; de allí en adelante se tornan como brutos animales. En fin, digo que nunca crió Dios gente tan cocida en vicios y bestialidades, sin mezcla de bondad o policía. Juzguen agora las gentes para qué puede su cepa de tan malas mañas y artes.” (Mires 1989: 49-50).

Queda evidenciada la triste suerte que tuvo institucionalmente la educación indígena y todos los valores contenidos en ella, pero no fue así con la educación en casa, la cual se mantuvo como una forma de resistencia y que aún hoy perdura-claro está que con todas sus mezclas y diluida ya entre tantas influencias- pero lo

suficientemente consolidada y diferenciada como para ser notable y distinta. Aún hoy se conserva la tradición oral de esos *huehuetlahtolli*, si bien mezclada con diversos elementos del cristianismo, pero lo sorprendente es que se conserve la transmisión de esos valores morales de padres a hijos de una forma eminentemente indígena después de tanta violencia, ya sea expresa o velada, que durante más de 500 años han experimentado estos pueblos. Se trata de un nuevo sentido educacional, la educación como resistencia y sobrevivencia cultural. Como ejemplo quiero mencionar una experiencia vivida con una comunidad náhuatl del estado de México, en un pueblo llamado Xalatlaco en el Municipio del mismo nombre, en el valle que se encuentra geográficamente en medio de Toluca y la Ciudad de México. Se trata de la sobrevivencia de un *huehuetlahtolli* que dirige la madrina a su ahijada un día antes de su boda.

En presencia de su madre y abuelas y otras mujeres invitadas de su familia y la familia del esposo (es una ceremonia exclusivamente femenina), la madrina le entrega a la ahijada una pequeña escobita de palma, delicadamente adornada con brillantina y pequeños símbolos tejidos en palma, a saber: palomitas, ratitas, canastos, escobitas, mazorcas, estrella, remolinos, caminos buenos que son rectos y caminos malos que están tejidos en espiral. Entonces le son dirigidas a la novia estas palabras al tiempo que se le da la escoba y se tocan los símbolos correspondientes:

“Bueno niña, ya te vas a casar,
tu marido te bajó las estrellas y por eso te vas a casar
con él.

Tú debes saber ciertas cosas en tu hogar,
debes barrer la basurita que hay por allí,
y guardar tus cositas en tus chiquihuites,
para que tu casita esté siempre limpia
y no haya ratitas corriendo por allí.

Tú te debes creer sólo de tu marido,
y él se debe creer sólo de ti,
uno al otro nada más se deben de creer,
porque si no, si le andan creyendo a la gente
lo que dice por acá y por allá, a los chismes
entonces van a caer en el remolino
y no saben dónde van a parar,
por eso sólo créele a tu esposo y
que él te crea sólo a ti.²”

² La fuente fue Doña Agustina. Simplemente así era conocida en Xalatlaco. Vivía en la calle principal, sin número, pero del dominio público pues era la encargada de la comunidad que hacía las escobas del casamiento y de las poquísimas que aún conservaba y transmitía el *huehuetlahtolli* en lengua náhuatl. Lo recopilé en marzo de 1996 y se

En otra versión, desde lo que resguardaba en su memoria una mujer casada, habitante también del pueblo de Xalatlaco, lo que se le dijo en esa ceremonia fue lo siguiente:

“Todo tiene significado, ve viendo (la escoba) para entender cómo son las cosas.

La estrella que el joven te bajó a ti, su novia, para convencerte, para que tú vayas al lado de él. Te bajó las estrellas.

Cuando ya hicieron su compromiso se dan un beso de compromiso los pichoncitos (se toman las palomas y se hace que se besen en el pico). Ya tienen su compromiso y entonces que nunca se crean ni el hombre ni la mujer los chismes, porque si lo hacen se meten en el remolino, para descomponer. Nunca se deben de creer de otros.

Que la mujer barra (se toma la escobita que cuelga), porque luego anda de aquí para allá basurita y crecen ratitas.

El hombre va a arrimar la mazorca, porque es necesario que dé lo principal para el sostenimiento de la casa: la mazorca para las tortillas.

Cuando uno va por un buen camino, entonces forma su hogar. Pero cuando los hombres se creen de los que se les atraviesan en la calle, que nunca faltan, entonces agarran su camino malo que descompone el hogar, que engaña, que ya no son perfectos. Una mujer que busca formar su casa, tiene que sembrar una flor, tiene que estar limpia su casa (se toma la escobita que cuelga), tiene que guardar sus cositas (se toma el chiquihuite o cesto) para que todo esté limpiecito.

Es todo.³”

Es asombroso, pues, ver esta preservación cultural en un proceso de continuas reformulaciones a lo largo del tiempo. Se trata de la forma de educar indígena, transmitida de padres a hijos sin que medie una institución más allá de la familia misma.

La poesía indígena contemporánea

En la poesía indígena contemporánea encontramos variados y ricos ejemplos de una forma de ver la vida, la muerte, la divinidad, el mundo y la presencia humana en él, que definitivamente resaltan por la extrañeza y diferencia en relación con los parámetros occidentales modernos sobre los cuales hemos asentado la cultura mestiza mexicana.

En estas expresiones literarias, los indígenas contemporáneos, manifiestan sus valores, ideales éticos, anhelos existenciales y su forma concreta de ver al

publicó posteriormente en Gómez Arzapalo 2002: 9-21.

³ Los elementos que cuelgan de la escoba son 23 en total: 1 estrella, 2 palomas, 3 remolinos, 2 ratitas, 3 mazorcas, 3 buenos caminos, 2 caminos malos, 3 flores, 2 escobitas y 2 chiquihuites. En esta transcripción he dejado resaltados en negritas los diferentes elementos que se van tomando con la mano a medida que se pronuncian las palabras para la novia.

mundo, a la divinidad y al ser humano.

En este sentido, estas poesías, se aproximan mucho a lo expresado en los *huehuetlahtolli*, y no sólo en los contenidos, sino en la forma de usar el lenguaje y transmitir la palabra. Las siguientes son palabras de una madre tzotzil dirigidas a su hijo muerto que, en su dulzura y emotividad, nos recuerdan lo escrito líneas más arriba al transcribir los *huehuetlahtolli* del padre y la madre a la hija en época prehispánica:

D
o
s
s
i
e
r

“Florecita de mis entrañas, imagen de tu padre
retrato de tu madre
¿Por qué te vas lejos?
¿Por qué me dejas en soledad?
¿Por qué no camina ya tu corazón?
¿Acaso no te di yo la vida
con tantas penalidades y dolor?
Te di mi pecho, te di tu alimento,
te protegí desde que naciste.
¿Dónde está tu santa alma?
¿Por qué te alejaste de mí?
Mi corazón se desgarró en dos,
mi corazón desfallece,
mi corazón se abate y está pesado
por causa de tu muerte.
Tu partida me mata, hijito mío,
mi pajarito, ¿dónde te encuentras
florecita de mis entrañas?,
mi corazón está en soledad
y reclama tu compañía”.
(León Portilla y Shorris 2008: 700-701).

Rescatando la característica de los *huehuetlahtolli* como discursos morales, y en este esfuerzo por evidenciar la continuidad de esta expresión literaria, recurro a León Portilla y Shorris (2008), quienes recopilan un extraordinario poema de Fausto Guadarrama López, escrito desde el mundo cultural mazahua titulado “Marías ¿a dónde van?”, en sus líneas podemos encontrar un profundo sentido moral, de pertenencia y dignidad, frente a un contexto social de desprecio, marginación y desigualdad que orilla al desarraigo e incrementa no solamente la pobreza, sino la muerte cultural:

“Con su niño más pequeño en la espalda
otros adelante y otros atrás de ellas
decidieron ir a conocer mundos nuevos
cerraron las ventanas y puerta de la casa.
El huertito de frijoles quedó abandonado.
Parece que hasta el tecolote enloqueció
pues cuando más se perdían en el horizonte
más fuerte se escuchaban sus chillidos lastimeros.
¿A dónde van, madres mazahuas?
¿A dónde van, muchachas mazahuas?
¿Por qué se llevan a sus chiquillos?

¿Por qué abandonan su huertito?
¿Qué van a buscar a otras tierras?
¿Qué es lo que sueñan encontrar?
¿Cómo se imaginan su nueva vida?
¿Cómo las recibirá otra gente?
¿Cuándo otra vez regresarán?
¿Cuándo las volveremos a ver?

Allá donde ustedes van; ¡no hay nada!
Se perderán entre un mar de gentes
que les negarán hasta el saludo.
Y cuando alguien se atreva a mirarlas
despectivamente las llamarán: “Marías”.
Y tendrán que vender chicles y naranjas
para que puedan ganarse este santo nombre.
Pedirán limosna para dar de comer a sus hijos
y si bien les va, serán sirvientas en una casa.

Es entonces cuando añorarán su pueblito
querrán abrazar a sus papás ya viejitos
querrán comprar un metate para sus tortillas
soñarán con esos campos verdes, muy verdes,
imaginarán sus enaguas, listones y rebozos.
Y aunque se pinten labios y mejillas
no ocultarán que nacieron en un pueblo mazahua
pues sus miradas y risas las traicionarán.
Entonces recordarán su origen y llorarán
irán a las iglesias a suplicar volver,
para que vuelvan a bordar sus servilletas
con pajaritos, venados, flores y vida.

Esperarán ansiosas a que vuelva el tiempo
y se prepararán para el trabajo de la cosecha.
Otra vez llenarán su canasta de comida
ayudarán a sus maridos a limpiar la milpa
hombro con hombro practicarán el niboxte.
Así, lanzaremos cohetones al cielo,
sabrán que regresaron nuestras madres y hermanas
¡Bailaremos el xote. Beberemos pulque!
La llegada del fuego nuevo se adelantará.
Los niños serán otra vez niños y sólo jugarán.
En las plazas oiremos otra vez el bullicio
vendiendo y comprando elotes, habas y calabacitas.
El olor a epazote traspasará el alma
¡Y reiremos! ¡Reiremos de felicidad!
¡Haremos fiesta! ¡Y cantaremos... cantaremos!

¿A dónde van, madres mazahuas?
¿A dónde van, muchachas mazahuas?
¿Por qué se llevan a sus chiquillos?
¿Por qué abandonan su huertito?
¿Qué es lo que buscan en otras tierras?
¿Qué es lo que sueñan encontrar?
“Marías” ¿A dónde van?!”.
(León Portilla y Shorris 2008: 817-819).

Por su parte, Gilberto Orozco, en *Tradiciones y leyendas del Istmo de Tehuantepec*, registra las palabras dirigidas a los novios en la ceremonia zapoteca de matrimonio, lo cual coincide mucho con lo escrito

más arriba, tanto en relación con los *huehuetlahtolli* registrados por los frailes en época colonial, como con las palabras dirigidas por la madrina a la ahijada en la víspera de la boda en Xalatlaco:

“En la obscuridad original va a mecerse el aire, y es aquí donde viene la luz. Ella, nuestra madre, ata este matrimonio.

Entraron, alzaron sus rostros y encontraron la luz del aliento creador. ¡Ja! Hasta entonces la hallaron, la inteligencia los guió en donde contemplaron el cielo y llegaron donde se encuentra Dios.

Mucho pedí esto y me acerqué a donde dispuso el arcángel san Gabriel, ángel del Apocalipsis.

Allí mismo me acerqué ante el creador, ante la preciosa luz en el corazón del día. Allí mismo llegué a otra senda.

Cuando entro en el corazón de estas personas, parecería anunciarse un gran presagio, en donde la tierra es lodosa, en donde oscureció la noche, en donde nuestros padres entran en fiesta, en donde se bendice el camino nuevo, entre nuestros parientes, en el templo de nuestra madre.

Cuando me acerqué a este matrimonio, también me aproximé a la palabra sagrada, adonde llegó Dios, vino María Santísima, quienes dan el verdor, la vida y lo dulce.

Por eso pido se les bendiga aquí donde puso su estera esta doncella.

[...] Obedezcan mis palabras: corazón de las flores ellas son, precisamente, corazón de la dulzura: estoy pidiendo la bendición para vuestras cabezas.

¡Ja! Lo que yo ato, lo amarra Dios, como lo dispuso el arcángel San Gabriel; y es aquí donde se abrazarán los cuellos unos y otros; se conocerán comadres y compadres, gente de la casa, vuestros parientes, los ancianos que aprecian la palabra de Dios como forma de parentesco; hasta entonces los bendigo a ellos y a ustedes –los novios-.” (León Portilla y Shorris 2008: 792-793).

Siguiendo con estos ejemplos, y para terminar este apartado, presento un poema que León Portilla incluye en su libro: *Literaturas indígenas de México*, él, a su vez, lo tomó del libro *Nahua macehualpaquitzli*, o alegría del pueblo náhuatl, en el año 1983. El estilo de la redacción y el contenido moral son claros indicios y evidencias de la sobrevivencia cultural que, en cuanto a educación por tradición oral, conserva este pueblo. El poema en sí nos es muy valioso, pues ilustra de forma plena lo expresado antes acerca de la funcionalidad de estos discursos morales como puntos de resistencia cultural, llamados a la preservación de la identidad y la propia cultura local frente a los constantes y agresivos embates de un proyecto hegemónico nacional imbuido en un contexto mundial globalizado que reduce paulatinamente los espacios y posibilidades de las culturas indígenas mexicanas:

“Algunos coyotes (hombres voraces no indígenas) dicen que los macehuales (los de la gente del pueblo) desapareceremos, que los macehuales nos extinguiremos,

que nuestro idioma no se escuchará más, nuestro idioma no se usará más.

Los coyotes con esto internamente se alegran, los coyotes este objetivo persiguen.

¿Por qué es así, por qué causa buscan que desaparezcamos?

No es necesario pensar mucho, cuatrocientos años nos han enseñado cuál es el deseo del coyote.

Al coyote se le antoja nuestra tierra, se le antojan nuestros bosques, nuestros ríos, nuestra fatiga, se le antoja nuestro sudor.

El coyote quiere que vivamos en los arrabales de las grandes ciudades, que por allí vivamos desnudos, muramos de hambre, que por allí nos hagan objeto de sus engaños, nos hagan objeto de sus juegos.

El coyote desea convertirnos en sus asalariados por esto desea que abandonemos nuestras tierras comunales, nuestros trabajos comunales, nuestras ocupaciones de gente del pueblo, nuestro propio idioma...

¿Qué es lo que haremos los macehuales, gente del pueblo?

¿Nos abandonaremos sin luchar? Es necesario que una o dos palabras pongamos en nuestro corazón, que internamente digamos, que la luz llegue a nuestros ojos, que vivamos en plena conciencia.

Varias tareas tenemos que afrontar. Por ahora sólo unas cortas palabras diremos, unas palabras a sus oídos diremos.

Nosotros los macehuales no estamos en un solo lugar, estamos dispersos, estamos regados, los de habla náhuatl en 16 estados, estamos en ochocientos ocho municipios es por esto necesario entender que no sólo en nuestro rancho, que no sólo en nuestro municipio estamos.

Nosotros los macehuales estamos por todas partes de estas tierras de México...

Por esto bien podemos decir, aunque quisieran que desaparezcamos, los macehuales no nos extinguimos, los macehuales crecemos, vamos en aumento...” (León Portilla 1995: 334-336).

En este poema queda ilustrada la importancia de la tradición oral entre los nahuas actuales, sobrevivencia de sus antiguos huehuetlahtolli, en un esfuerzo por conservar su identidad y transmitir a las nuevas generaciones su interpretación acerca de los acontecimientos que les rodean y su sensibilidad en torno a ellos.

Conclusión

La educación entre los pueblos indígenas nahuas sufrió una radical transformación, a la par de toda su cultura, a raíz del proceso de conquista y colonización. Sin embargo, no desapareció su forma original de transmitirla ni los contenidos básicos de la misma –ajustados, claro, a sus nuevas determinantes históricas–, por lo que subsistió su peculiar visión acerca del hombre. El “arte de formar rostros y corazones” sigue siendo, entre los nahuas actuales, una preocupación vigente, compartida por otros grupos indígenas.

Bibliografía

Gómez Arzapalo Dorantes, Ramiro Alfonso
2002 “La educación entre los nahuas: un acercamiento a su pasado y su presente”, *Avatares. Cuaderno de filosofía y cultura*, México, no. 19: 9-21.

León Portilla, Miguel
1993 *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*. México, UNAM.
1995 *Literaturas indígenas de México*. México, FCE.
León Portilla, Miguel y Earl Shorris
2008 *Antigua y Nueva Palabra. Antología de la literatura Mesoamericana, desde los tiempos precolombinos hasta el presente*. México, Aguilar.

León Portilla, Miguel y Librado Silva Galeana
1993 *Huehuetlahtolli. Testimonios de la Antigua Palabra*. México, SEP y FCE.

López Austin, Alfredo
1985 *La educación de los antiguos nahuas 2*. México, SEP y Ediciones Caballito.

Mires, Fernando
1989 *En nombre de la cruz. Discusiones teológicas y políticas frente al holocausto de los indios (período de conquista)*. Costa Rica, Departamento Ecuménico de Investigaciones.

Sahagún, fray Bernardino de
1979 *Historia general de las cosas de la Nueva España*. México, Porrúa.